

pagana rediviva en las cortes italianas, y su forma tiránica en el axioma de la omnipotencia de *la Ciudad*, que es el fondo de toda la historia del mundo antiguo. 4. El cristianismo se descompone en este período triunfal de la evolución humanista; toda la forma que la Iglesia había recibido de la cultura antigua, se paganiza, digámoslo así, y todo el fondo (la doctrina de la renunciación, de la misericordia y de la esperanza) que la sociedad antigua había recibido de los apóstoles, se desprende de la envoltura eclesiástica y tiende á renovarse en su carácter ascético primitivo; es una regresión. 5. Los Papas hacen esfuerzos por reconciliar ambas tendencias; mas cediendo á sus condiciones, cada vez más concretas, de príncipes italianos y al espíritu eminentemente artístico del Renacimiento peninsular, todo lo sacrifican al punto de vista estético y pretenden readquirir la dirección suprema del mundo, poniéndose al frente del movimiento universal del humanismo y haciendo de Roma la capital artística de Europa, que fué el designio de Perikles en Athenas. No lo lograron. 6. El cristianismo, reobrando contra el neo-paganismo, que consideraba la vida como el placer supremo y no como un *valle de lágrimas*, y obedeciendo inconscientemente al espíritu de libre examen individual, hijo del Renacimiento, produjo una protesta, de que se hizo eco la Alemania entera, en contra de los abusos primero y luego de la autoridad de la Iglesia católica; desde entonces el elemento germánico figurará en las complicadísimas combinaciones de la historia con el nombre de *Protestantismo*. 7. La Iglesia, para resistir mejor, sacrifica una buena parte de su obra humanista, y logra concentrarse en torno de su perdurable núcleo cristiano, tal como lo había formado el medio occidental; de aquí la reforma conciliar de Trento, que le hizo perder una parte de Europa definitivamente, pero que la consolidó mejor en la fracción que permaneció bajo su dominio. 8. Mas había penetrado ya en la historia otro elemento creado por el conflicto de los intereses inter-europeos y por el predominio del espíritu laico: *las naciones*. Contra este elemento nuevo, ya no se arma la Iglesia, porque es impotente como entidad general; pero otro poder general se endereza, el Imperio, que pretende renovar su yerta savia con el oro del Nuevo Mundo y con la cálida y valiente sangre española y aspira á restaurar su universal supremacía en lo religioso y lo político, regando ese oro y esa sangre por la Europa entera y por el Mediterráneo y forzando á la Iglesia á convertirse en sus manos en un puro instrumento de opre-

sión y de combate; ó en Inquisición ó en Compañía de Jesús. 9. Cuando el siglo XVI termina, ya no hay quien se crea capaz de ejercer la hegemonía del mundo, ni los Papas, ni los Austrias; el germanismo queda transformado en protestantismo; el Imperio en una asociación heterogénea y difusa; la Iglesia debilitada, continúa su regresión, aún no terminada en nuestros días hacia los elementos morales de su origen; el humanismo se redistribuye en diversos elementos nacionales, produce literaturas autonómicas y asume un papel educador por excelencia, facilitando la ascensión de un nuevo agente general, la Ciencia, heredera futura del papel social de la Iglesia y del Estado. 10. Otro factor nuevo, hasta entonces latente, pero que los descubrimientos marítimos y las formaciones nacionales desentrañan, comienza su gran evolución destinada á resumirlas todas: el factor económico.

---

## ABSOLUTISMO Y PARLAMENTARISMO.

(Siglos XVII y XVIII.)

*Subdivisiones: Francia y la guerra de treinta años.—La Revolución de Inglaterra.—Luis XIV y la hegemonía francesa.—Inglaterra y Francia.—Cultura General.—Las Colonias.*

---

## FRANCIA Y LA GUERRA DE TREINTA AÑOS.

(Primera mitad del siglo XVII.)

1. Richelieu y la política de unificación interior y de división exterior.—2. El Imperio; Gustavo Adolfo de Suecia; la guerra hasta la paz de Westfalia (1648).

1. Los catorce años que siguieron á la muerte de Enrique IV, destruyeron toda la obra que el rey no había tenido tiempo de consolidar; el rey Luis XIII era un niño, y era la reina regente María de Médicis, una mujer intrigante é ininteligente á merced de una cáfila de italianos bribones acaudillados por un tal Concini; ella indujo á la reina á echarse en brazos de España, abandonando la política nacional de Enrique IV, y, para hacerse perdonar los honores que se atribuía, á repar-

tir literalmente el territorio y el tesoro entre los nobles, cada uno de los cuales tuvo su pequeña soberanía. Los magnates decían: "Ha pasado el tiempo de los reyes, ha llegado el de los grandes," y los protestantes á su vez: "Pues que el rey es menor, seamos mayores." La nobleza, cuando Concini no tuvo ya que darle, promovió sediciones; los hugonotes organizaron su república militar con mayor solidez; de aquí luchas civiles y peripecias trágicas: Concini asesinado, María de Médicis desterrada y entronizado un nuevo favorito, que ya con el favor del rey, comelió desaciertos y derroches, pero tuvo algún instinto político. Este favorito era el duque de Luynes; algún tiempo después de su muerte, el rey llamó á su Consejo á Richelieu, que se había ya distinguido en los Estados Generales de 1614 (que fueron los últimos celebrados en Francia antes de los que iniciaron la Revolución) y que había sido consejero de María de Médicis.

Luis XIII tenía cierto sentimiento de sus deberes; era valiente en la guerra, pero tímido y de alma apocada; supo comprender á su gran ministro y, para bien de la monarquía, lo sostuvo sin amarlo jamás (La obra clásica sobre Richelieu y su administración es la del vizconde de Avenel). En 1624 se encargó Richelieu del ministerio; tres años después atacó á los protestantes, tenía razón; la capital de la República hugonote era La Rochela en donde residía la dirección de los reformistas y que trataba libremente con las naciones extranjeras como si fuese una potencia. Richelieu la sitió personalmente y después de gigantesco esfuerzo, porque los hugonotes se defendieron heroicamente, y á pesar de los auxilios ingleses, acabó por apoderarse de ella. Fué este un golpe de muerte para la autonomía de los protestantes; se les desarmó definitivamente, pero se respetaron su libertad de conciencia y sus derechos políticos. Esto fué un resultado en sumo grado favorable para la unificación de la monarquía.—La lucha que sostuvo con la nobleza fué más dramática, más larga, por lo menos, porque la influencia de la mayor parte de los conspiradores, tenía que combatirla el ministro, primero en el ánimo vacilante del rey y luego en los campos ó en el cadalso; alma de estas conspiraciones fueron María de Médicis y Gaston de Orleans, madre y hermano del rey; después de combates palaciegos y de intrigas que se multiplicaban y en que hasta la mujer de Luis XIII, la reina Ana de Austria, intentó destruir la influencia del ministro por su política antiespañola, Richelieu quedó triunfante, muchos nobles subieron al patíbulo, Gaston marchó al destierro y María

de Médicis, madre del rey de Francia y de la reina de Inglaterra, murió pobre y desesperada en Amberes.—Richelieu, cuando tuvo á la nobleza á sus pies, ordenó la destrucción de multitud de castillos, merió las atribuciones de los Parlamentos, que representaban á la nobleza togada y puso al frente de las provincias á ciertos funcionarios, ampliamente facultados en los ramos de guerra y hacienda y sólo responsables ante el rey, que se llamaron *intendentes*.—El gran cardenal protegió el desarrollo marítimo de Francia, y preparó su hegemonía intelectual futura, concentrando en un cuerpo *ad hoc* la dirección del movimiento literario; tal fué el origen de la *Academia francesa*.—Pueden reprocharse á Richelieu, el abuso de los medios tiránicos y sobre todo su impotencia para remediar el desorden financiero.

En el exterior aplicó el ministro todo su afán á la realización del designio capital del primer Borbón: acabar con el poder de la casa de Austria española ó alemana, todo era uno, y sustituirlo con la supremacía francesa. Para ello favoreció cuanto elemento de división, religioso, político, particularista, encontró en los dominios imperiales.

2. Durante todo el siglo XVI los emperadores de la rama alemana de la casa de Austria lucharon con los primeros problemas de su situación: mantener unidos los bienes patrimoniales de la dinastía, conservar las coronas de Hungría, señoreada ó disputada por los turcos, y de Bohemia, otorgada difícilmente por la nobleza y el pueblo segregados del catolicismo, y convertir en derecho hereditario la posesión de la corona imperial de Alemania; y como al propio tiempo había que secundar el impulso católico é intolerante de los Habsburgos españoles, y como el imperio y los dos reinos estaban en gran parte dominados por el protestantismo, se necesitaba un milagro de equilibrio para mantener en pie aquel mecanismo, no organismo, heterogéneo y complicado; Fernando I y su hijo Maximiliano hicieron lo que pudieron; trataron de arrancar concesiones á la Iglesia para pacificar sus reinos, pero fué vano intento; Rodolfo II era un maniático, Mathias un insignificante. A principios del siglo XVII, por concierto prudente de los archiduques, dieron el puesto de jefe de la casa á un príncipe de la rama menor y lo hicieron elegir emperador (1619). Era Fernando II hombre sincero y de vastos designios, educando de los jesuitas, que fueron omnipotentes bajo su reinado, y de bastante capacidad política; con él la rama alemana de los Austrias adquiere la importancia perdida por la española en el concierto europeo; después de Felipe II,

puede decirse que Fernando II y María Teresa, han sido los Habsburgos más notables.—Fernando encontró á los príncipes alemanes divididos en dos sociedades enemigas: la Liga católica, gobernada por el duque de Baviera, y la Unión protestante; y como ya se había manifestado resuelto á restaurar la unidad católica en sus dominios, aun por la fuerza, la Bohemia hussita respondió á su elección con la revuelta de Praga, la destitución de Fernando y el nombramiento de un nuevo rey, el conde palatino del Rhin, Federico. Así empezó el año mismo de la elección de Federico la célebre *guerra de treinta años*. Vencidos fueron los bohemios en la Montaña Blanca por Maximiliano de Baviera que tenía el mejor ejército de Alemania, formado gracias al servicio obligatorio, y el mejor general, Juan Tserclaes, conde de Tilly, especie de monje fanático y feroz; Fernando hizo uso de la victoria, premiando á Maximiliano con los territorios confiscados al Palatino, que le trajeron la función electoral, y desatando sobre Bohemia la más implacable contra-revolución religiosa. Primero fueron castigados los rebeldes, luego los calvinistas, después los luteranos, todos los disidentes, en fin, es decir, la inmensa mayoría de la nación bohemia; suplicios, saqueos, confiscaciones, expulsiones en masa, todo inspirado por el nuncio del Papa, fueron los medios de extirpación (v. sobre este episodio de la guerra de treinta años á M. de Meaux, autor católico, y á Denis, en su segundo tomo sobre los Hussitas). Luego comenzó la conversión; la disyuntiva fué ésta: ó hacerse católicos ó salir del reino; la mayoría aceptó el catolicismo; á esto se agregó la enseñanza ortodoxa obligatoria y la predicación cuya alma fueron los jesuitas. Este mismo sistema fué aplicado, con poca diferencia, en Austria y Hungría; Fernando había vuelto al catolicismo á sus Estados.

La Unión protestante alemana, secretamente impulsada por Inglaterra y Francia, se rebeló contra esta política; recurrió al rey de Dinamarca que penetró en Alemania, pero que fué vencido por Tilly y por un empresario de guerra, llamado Wallenstein; era éste un aventurero enriquecido con los despojos de los bohemios, que se había hecho dar el título de duque de Friedland y que viendo al emperador sin ejército propio, se ofreció á levantar uno por su cuenta, como lo hizo. Valiente, notabilísimo capitán y ambicioso por extremo, Wallenstein, después de sus victorias, fué el árbitro del imperio. Obligó al emperador á adoptar una política de unificación desposeyendo á los príncipes

alemanes, y él mismo se obsequió con algunos nuevos territorios y títulos; además, Fernando, por su cuenta, quiso que los príncipes protestantes restituyeran á la Iglesia buena parte de sus bienes, lo que causó un espantoso desorden en Alemania y decidió á Richelieu, temeroso de la constitución de un imperio uno y fuerte á la derecha del Rhin, á empujar sobre el emperador á un príncipe protestante lleno de celo religioso, que disponía del más admirable ejército que había aparecido en Alemania y que era el primer hombre de guerra de su época, Gustavo Adolfo. Con este príncipe, en 1630, comienza el período sueco de la Guerra de Treinta años; Richelieu, para cohonestar su alianza con el rey protestante, lo que escandalizaba á los católicos, sostuvo que había convertido una guerra de religión en guerra de Estado y que su designio era defender la libertad alemana (es decir, el fraccionamiento de Alemania) contra la casa de Austria que tendía á transformar el imperio en monarquía absoluta; y lo singular es que el Papa Urbano VIII, que detestaba la preponderancia de los españoles en Italia, aprobó la política de Richelieu, á pesar de las airadas protestas del representante de España; con razón Gustavo decía, que á no ser por él, el Papa sería un simple capellan del rey de España. El rey de Suecia tenía en su ejército un maravilloso instrumento de guerra por la disciplina de fierro, por el respeto al soldado, por la acertada aplicación del principio de la división del trabajo en la organización de las armas, por el perfeccionamiento del equipo y del armamento, sobre todo, de la artillería ligera, y por la rapidez de sus movimientos, táctica heredada de los Nassau en sus luchas con los macizos tercios españoles.—Gustavo Adolfo recorre triunfante el imperio, conquista la Pomerania en las orillas del Báltico y la Franconia sobre el Rhin, obliga á todos los príncipes protestantes á agruparse á él, lo que vuelve á dar á la guerra un carácter religioso, se apodera de Baviera y se encuentra con Wallenstein, que se hallaba hacía tiempo en desgracia, pero á quien el emperador recurrió en su inmensa angustia, dándole la dictadura militar del imperio. El gran aventurero es por fin vencido en Lutzen (1632), pero en la batalla muere el rey de Suecia, lo que hace infructuosa la victoria; dos años después, Wallenstein, que conspiraba contra el emperador y soñaba con ceñir la corona de Bohemia, es asesinado por orden, quizás, del príncipe á quien había salvado. Los sucesores de Wallenstein, entre los que había excelentes oficiales como Galas y Piccolomini, infligen en Nordlinga una derrota sangrienta á los suecos,

que, divididos en dos fragmentos, se retiran hacia el Báltico y el Rin. La política imperial torna á preponderar; entonces Richelieu, que se había contentado con subvencionar la guerra, entra en acción en los Países Bajos para dividírselos con Holanda, en el Rin para hacerse de Alsacia, en Alemania para levantar á los suecos y á los protestantes postergados á los Austrias, en Italia para preponderar en Piamonte, en los Pirineos, para reconquistar el Rosellón y en el mar para ayudar á la insurrección catalana y á los portugueses, que, con un príncipe de Braganza á su cabeza, habían proclamado su independencia.—Entre los generales de Richelieu había, como entre sus diplomáticos, clérigos; su almirante era Sourdis, arzobispo de Burdeos, y uno de sus mejores generales, el cardenal Lavalette; rechazada una doble invasión que logró avanzar bastante en territorio francés, el mejor discípulo del rey de Suecia, Bernardo de Saxe-Weymar, batió á los imperiales y abrió una era de victorias, el período francés de la guerra de treinta años. En 1640 fué conquistado el Artois, señoreada la Alsacia, subordinado el Piamonte; dos años después el Rosellón era francés; Banner y el paralítico Torstenson, dos generales suecos de primer orden, en combinación con Guebriant, recorren Alemania de victoria en victoria y de ruina en ruina.—Muerto Richelieu, los españoles vuelven á la ofensiva y son batidos en Rocroy por un joven príncipe de 21 años, el duque de Anghien, á quien la historia militar llama *el gran Condé*; después, ayudando á quien era tal vez el verdadero gran soldado del siglo, después de Gustavo Adolfo, al joven mariscal de Turena, limpia las orillas del Rin. Un momento rechazado el mariscal, el príncipe torna en su auxilio y en Nordlinga muere vencido Mercy, el mejor general del imperio (1645). Condé, ya se llamaba así por muerte de su padre, de vuelta de España, en que había tropezado con el indomable valor español en Lérida, obtiene la gran victoria de Lens (1648), mientras Turena y el nuevo general de los suecos Wrangel, dominaban á Baviera y amenazaban al emperador en Viena.—Entonces se firmaron los tratados de Westfalia, fundamento del equilibrio europeo; Francia adquirió con parte de Lorena y Alsacia, lo que llamaba su frontera natural del Rin; Suecia, dueña de los litorales del Báltico, en gran parte, y de las desembocaduras del Weser, del Elba y del Oder, formó parte del imperio; éste quedó distribuido en una confederación difusa y confusa de 350 potencias, libres de tratar con el extranjero, lo que aseguraba el ascendiente de Francia contra Austria; luteranos, calvinis-

tas y católicos fueron reconocidos iguales en derechos. Dos grandes entidades entran en la sombra, después de haber llenado la Edad Media, con la paz de Westfalia: Alemania, dividida, asolada, muerta por la guerra que parecía haber cegado en ella las fuentes mismas de la vida, y el Pontificado, que cesa de contar en las combinaciones políticas; el absolutismo absorbe la dirección religiosa de los pueblos.

## LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA.

(Siglo XVII.)

1. Los Estuardos en el trono.—2. Lucha entre el Parlamento y Carlos I.—3. Los Puritanos y la República.—4. Oliverio Cromwell.—5. La Restauración.

1. La Revolución inglesa es un episodio interesante en la historia europea, por lo que revela del carácter del pueblo insular y por ser una tentativa formidable de ruptura con lo pasado; mas no tiene trascendencia, sino lejana y tardía, en la historia general, diferenciándose en esto del trastorno capital producido por la Revolución francesa.—La Revolución inglesa fué una manifestación violenta de la gran crisis religiosa que atravesaba el mundo, apropiada, por supuesto, al medio inglés. A la muerte de Isabel había, fuera del grupo católico, cada vez menor en la gran isla, pero predominante en Irlanda, el grupo anglicano, dueño del poder en Inglaterra, con su episcopado aristocrático y sus ritos semi-católicos; el presbiteriano que, ya lo vimos, se había enseñoreado de Escocia y era la forma britana del calvinismo, y el pequeño, pero creciente partido de los puritanos independientes, que odiaba á los anglicanos, rechazaba á los presbiterianos y sólo aceptaba un culto por extremo rudimentario y sin sacerdocio. Cosa singular; no fué en el pueblo, sino en la clase media, enriquecida con los despojos de los papistas y de la iglesia, acostumbrada en los condados y municipios á gobernarse á sí misma (*self-government*) y que era el nervio de la prosperidad agrícola, industrial y mercantil de Inglaterra, en donde el puritanismo tuvo el mayor número de adeptos. Ellos hicieron la Revolución.—Jacobo Estuardo, el hijo de la infortunada María, sucedió á Isabel; imbuído en los dogmas del absolutismo por derecho divino, teólogo y anglicanista, fué un mal administrador y un rey im-

popular por sus arbitrariedades despóticas y por su empeño en reanudar la alianza con España; todo ello aumentó la fuerza del puritanismo.—En 1625 subió al trono Carlos I, príncipe bueno y de regulares dotes administrativas y políticas, pero accesible á la lisonja, incapaz de afrontar las consecuencias de sus compromisos y de una extraordinaria duplicidad. Carlos, como su padre, creía que tenía misión divina y que los Parlamentos no podían ni debían oponerse á su voluntad, sino coadyuvar á ella; en cambio las clases ilustradas habían hecho en Inglaterra su educación política y creían á su vez que el verdadero poder residía en los Parlamentos; de aquí el conflicto permanente. La Cámara de los Comunes, cuantas veces fué reunida por el rey, protestó contra las prisiones arbitrarias que violaban el derecho de *Habeas corpus*, contra el aumento en los derechos aduanales y sobre todo contra el ascendiente singular que el libertino y disoluto Jorge Williers, duque de Buckingham, había adquirido sobre un hombre tan serio y un esposo modelo como Carlos. Cuando después de las expediciones desastrosas en favor de los hugonotes que se defendían de Richelieu, en La Rochela, fué asesinado Buckingham, el pueblo aplaudió con júbilo. Esto no suspendió la lucha; los Comunes, dominados por el espíritu puritano, intentaron hacer la guerra á la Iglesia oficial sostenida ardentemente por el rey, que, á consecuencia de esto, disolvió el Parlamento (1628) y no volvió á convocarlo hasta once años después.—Fueron once años de absolutismo; el rey casado con una hija de Enrique IV, ardiente católica, inclinó manifiestamente á la tolerancia respecto de los papistas, lo que enfurecía á los puritanos implacablemente intolerantes; entonces se creyó, y era un error, que el rey pretendía convertirse, y el odio de las clases medias se acentuó más y llegó á mayor grado con el lujo, la elegancia y la protección á las bellas artes de que la mundana Corte de Carlos hacía gala. Dos hombres fueron las columnas del absolutismo, un antiguo orador parlamentario, Tomás Wenworth, más conocido con el nombre de lord Strafford, que creía que sólo en la constitución de un ejército permanente estribaba la salvación de la monarquía y que lo preparaba en su gobierno de Irlanda; y el jefe de la Iglesia anglicana, Laud, que por medio de la Cámara estrellada y el Consejo Supremo, verdaderos tribunales inquisitoriales, entabló una lucha á muerte con los puritanos. Un hombre y un pueblo hicieron imposible aquella situación; el hombre fué Hampden y el pueblo fué el escocés. Hampden se negó á pagar un impues-

to general que se llamaba *el impuesto de buques*, alegando que según la *Carta Magna*, ningún inglés estaba obligado á pagar una contribución no decretada por el Parlamento; llevó á los tribunales su queja, lo que produjo una agitación inmensa. Los escoceses se resistieron á admitir los obispos y ritos que Laud quiso imponerles, renovaron el *covenant* ó alianza presbiteriana y acabaron por declararse en plena rebelión, que el rey fué impotente para sofocar. Para arbitrar recursos hubo necesidad de convocar un Parlamento (1640).

2. El primer Parlamento convocado duró muy poco; el rey se irritó con la terrible resistencia que encontraba y lo disolvió; más no pudo sostenerse la situación; los escoceses dominaban ya los condados del Norte, los puritanos ingleses los consideraban como sus aliados, nadie quería pagar los impuestos; hubo nueva necesidad de convocar el mismo año un nuevo Parlamento, que se ha llamado "el Parlamento largo" y que es el origen directo ó indirecto de las formas actuales que la libertad política tiene en los países civilizados. Dirigían al Parlamento hombres de la astucia y el saber de Pym, de la entereza y frialdad de Hampden, del ardor puritano y de la genial perspicacia de Oliverio Cromwell, y á estos y otros tribunos secundaba la prensa más violenta y apasionada é inteligente que Inglaterra había visto y en la que descollaba un puritano de genio, John Milton. En pocos meses desarmaron al rey de todas las facultades que se había atribuido; acusaron, sentenciaron é hicieron morir á Strafford, que el rey fué impotente para salvar; procesaron á Laud por alta traición y fundaron la supremacía absoluta del Parlamento sobre el monarca y la Iglesia. El rey se preparó á la lucha pacificando á Irlanda á fuerza de concesiones; una revolución católica que acabó ahí con el protestantismo hizo necesaria la represión; mas el Parlamento no quiso encomendarla al rey, sino dirigir él la guerra gobernando las milicias; el rey defendió su prerrogativa y se alejó de Londres; el Parlamento ordenó que se levantara por su cuenta un ejército, en el que empezó á hacer gran figura Cromwell y estalló la guerra civil, quedando dividido el reino entre realistas ó *caballeros* y puritanos ó *cabezas redondas*. Fué sangrienta la lucha y las pasiones llegaron al paroxismo; del seno del puritanismo surgió una nueva secta, los *independientes*, que detestaban á los presbiterianos tanto como á los anglicanos; esta secta más austera y menos intolerante, predominó en el ejército y su jefe militar fué Cromwell. Al cabo de cinco años, vencido el rey, se refugió entre los esco-

ceses que lo vendieron miserablemente. Conducido á la isla de Wight trató de aprovechar las disensiones de los puritanos é independientes para ganar tiempo y dar lugar á una nueva rebelión que estalló entre los escoceses arrepentidos y tornó á incendiar al país; pero fué sofocada y con esto Cromwell y el ejército adquirieron mayor fuerza, pidiendo que se expurgara el Parlamento de todos los moderados, que se suprimiera la monarquía y se juzgara al rey. Todo se hizo; el Parlamento quedó reducido á una fracción (por lo que se le llamó el *Rump Parliament* ó Rabadilla-Parlamento) y el rey juzgado y sentenciado á muerte, que sufrió con el valor caballeresco y digno que le era característico (1649).

3. Establecida la República con su Consejo de Estado y su Parlamento mutilado, el ejército dirigido por Cromwell ahogó en sangre la rebelión irlandesa; los terrenos confiscados á los rebeldes fueron repartidos entre soldados y colonos ingleses que mantuvieron á la población irlandesa moribunda á sus pies. Escocia sublevada por el hijo de Carlos I, se presentó amenazadora; Cromwell concluyó con la rebelión después de reñidos combates y sus oficiales conquistaron todo aquel reino á la República, mientras las escuadras inglesas preponderaban en el mar sobre las holandesas y dominaban el canal. La preparación de una ley electoral, que al ponerse en vigor habría devuelto el poder á los presbiterianos, encontró de nuevo al ejército contra el Parlamento y Cromwell lo disolvió (1653).

4. Oliverio Cromwell era un hombre lleno de astucia y de energía, en su alma se conjugaba el fanatismo religioso, la ambición de mando, el genio político y la aptitud militar, todo ello en dosis superiores (v. el *Cromwell* de Carlyle y, en general, para la historia de la Revolución, la obra clásica de Guizot que, por desgracia, descuida bastante el factor religioso; además el excelente compendio de Sterne). Todo lo hacía en nombre del Altísimo, todo su despotismo lo apoyó en la Biblia y en su ejército "de hombres piadosos inaccesibles á las tentaciones de la carne." Nombrado Protector, ejerció un poder ilimitado, disolvió cuanto Parlamento se opuso á sus miras y sometió la Inglaterra entera á un régimen rigurosamente militar aun en lo civil y lo religioso; mas en ese país no se concebía un gobierno sin las formas parlamentarias por lo menos, y para realizar su política extranjera, el Protector convocó uno que le ofreció el título de *rey* para constitucio-

nalizar aquella situación y poder suprimir el régimen militar. Crom-

well no lo aceptó; mas resucitó la antigua Cámara de los Lores y de aquí nuevos conflictos con los Comunes y nueva disolución. En 1658 murió este hombre que algunos tienen por un gran comediante y que fué un piadoso del género trágico que confundía en una soberana inconsciencia su ambición con la causa de Dios. A Cromwell debió Inglaterra mucha paz interior, fomento del trabajo y la prosperidad nacional, libertad de conciencia para todos y libertad religiosa para la mayoría de las sectas protestantes, con grave escándalo de los puritanos mismos. En su tiempo tomó increíble vuelo la marina y se estableció un centro del poder mercantil inglés en las Antillas (Jamaica) que rompió el monopolio español en los países intertropicales. Quiso ponerse al frente de una vasta liga protestante como Gustavo Adolfo, lo que era un anacronismo, y se alió con la Francia de Mazarini contra el poder español en quien él solo veía la espada del catolicismo.

5. Cromwell dejó por heredero á su hijo que cedió pronto el puesto al poder militar; siguieron haciéndose y deshaciéndose Parlamentos; el Parlamento largo mutilado tornó á reaparecer, hasta que en medio de la anarquía general, un antiguo compañero de Cromwell, el general Monk, haciéndose eco de la opinión popular profundamente fatigada de militarismo y puritanismo, devolvió el poder á los Estuardos refugiados en Holanda. El rey Carlos II, príncipe amable, inteligente, ligero, sin patriotismo y sin virtud, ocupó el ensangrentado trono de la vieja Albion en 1660. Una cosa quedaba demostrada: la forma parlamentaria de la libertad inglesa era indestructible; todo el porvenir estaba en eso.

## LUIS XIV Y LA HEGEMONÍA FRANCESA.

(Siglo XVII.)

1. La Regencia, Mazarini y las Frondas.—2. Los comienzos de Luis XIV; organización de la prosperidad de Francia.—3. Período de guerras y conquistas.—4. Supremacía política é intelectual de Francia.—5. El absolutismo; revocación del edicto de Nantes.

1. El Parlamento de Paris no era el Parlamento de Londres; simple Corte Suprema de Justicia, en sus comienzos, los legistas no hacían sino el papel humilde y arrodillado de asesores de los Pares del reino;

poco á poco los nobles dejaron á los legistas sus fatigosas funciones y estos legistas fueron adquiriendo en propiedad sus empleos que la herencia convirtió en una nobleza especial; como necesitaban tener á la vista las leyes del reino, ellos llevaban el registro de toda disposición emanada del soberano, de donde nació la función eminentemente constitucional de decir cuáles estaban ó no en acuerdo con dichas leyes y de hacer observaciones [*remontrances*], lo que dió á aquel cuerpo un carácter político; y no sólo se hizo costumbre no considerar las leyes bien promulgadas mientras no las inscribía en sus registros el Parlamento, sino que éste se atribuyó la decisión en los conflictos entre poderes y aun intervino directamente en la suerte de Francia, como cuando llamó á la regencia á María de Medicis y á la muerte de Luis XIII en que, anulando el testamento del rey, dió la regencia, durante la minoría de Luis XIV, á su madre Ana de Austria (hermana del rey de España Felipe IV), sin los límites que su marido le había querido imponer. La regente española era una garantía, para nobles y católicos, todos ellos hispanizantes, de que el gobierno abandonaría la política de Enrique IV y Richelieu; la decepción fué terrible; Ana confió el poder á uno de los mejores agentes italianos de Richelieu, á Mazarini, que llegó á ejercer inmenso ascendiente sobre la reina, al grado de que es probable que llegase á hacerla su esposa secretamente, porque Mazarini, aunque logró ser cardenal, nunca recibió las ordenes sacerdotales. Mucho más egoísta y ambicioso que su ilustré antecesor, de menos geniales designios, más astuto y menos duro de corazón, Mazarini fué también un gran servidor de Francia. En cuanto pudieron notar los privilegiados que aquel hombre seguía las huellas del odiado patriota de la roja túnica, empezaron á tramar su ruina. Francia entretanto conquistaba la supremacía militar sobre España y los imperiales con el gran Condé y Turena y sacaba señaladas ventajas de la paz de Westfalia, quedando sólo con España en guerra. Mas la mala administración financiera, entregada á una horda de ladrones (de cuyas ganancias participaba Mazarini) iba haciendo cada vez más intolerable la situación.—La idea racional de igualar ante el impuesto á los magistrados del Parlamento con los simples ciudadanos, indigno á este alto cuerpo; la reina ordenó la prisión de los magistrados que guiaban á los descontentos, pero el populacho de Paris, excitado por los nobles enemigos del ministro, se sublevó, y la reina, el rey niño y la Corte huyeron de la capital, después de humillarse ante el Parla-

mento. La hermana del gran Condé atrajo á Turena al partido del Parlamento, pero Condé estaba con la Corte, que volvió á Paris cuando estuvieron vencidos los parlamentarios; así terminó en 1649, lo que los franceses llamaron la primera Fronda. Condé quiso gobernar entonces y arrancar el poder á Mazarini, de donde resultó una nueva guerra civil entre el célebre general, apoyado por los príncipes de su familia y secundado por Paris sublevado de nuevo, y la fugitiva Corte cuyas fuerzas mandaba ahora Turena; tal fué la segunda Fronda. Condé vencido se refugió en el ejército español. Después de la victoria de las *Dunas* Mazarini dictó á España la paz de los Pirineos; las dos ramas de la casa de Austria quedaban vencidas, Francia enriquecida en territorios y Luis XIV casaba con una hija del rey de España, renunciando á todo derecho sobre la corona ibérica, á no ser que la dote de su mujer no fuese pagada; y efectivamente no se pagó (1659). Dos años después murió Mazarini.

2. Luis XIV heredó una Francia que tocaba á sus límites naturales, el Rhin y los Pirineos, que ejercía una especie de hegemonía sobre los principúculos alemanes y había conquistado el primer puesto militar en Europa; pero sin hacienda, sin marina y con una prosperidad apenas naciente. Luis XIV, no era ni un hombre de genio, ni un hombre de corazón; lo que tenía era una ambición sin límites y un concepto altísimo de sus derechos, ambas cosas conjugadas con el más absoluto orgullo que hubo jamás, con una cualidad política de primer orden, el *don de hombres*, la facultad de saber escoger á sus agentes, y una voluntad más alta que la fortuna y superior á los reveses.

El rey, desde que, á la muerte de Mazarini, manifestó que quería reinar solo, mostró singulares aptitudes para el trabajo y para el placer; prodigaba su vida en diversiones incesantes en que daba el tono por su elegancia nativa su cortesía exquisita con las señoras y su afición á los galanteos, como buen nieto de Enrique IV; empezó así á gozar Francia el imperio del buen gusto y de la moda sobre la sociedad culta de Europa. Pero al mismo tiempo estudiaba el rey todos sus actos y se aplicaba seriamente al estudio de la ciencia de gobierno tal como la concebía: según él, Dios daba á los reyes dotes sobrenaturales, como que eran sus mandatarios directos, pero para conservarlas, debían someterse á dos grandes deberes: la justicia y el trabajo. Su primera preocupación fué organizar la hacienda, bastante descuidada en las épocas anteriores; dió á los dilapidadores un golpe terrible en su jefe Fouquet, el patrón de los arrendadores generales [*fermiers généraux*], que eran los verdaderos dueños de Francia, á la cual exprimían sin piedad, para sacar el monto anual

del arrendamiento de los impuestos y realizar colosales fortunas. Fouquet juzgado y sentenciado por el rey mismo á prisión perpetua, á pesar de sus relaciones, de su carácter simpático y de la adhesión de muchas personas ilustres á quienes protegía. Colbert se encargó del gran trabajo de organización y lo realizó á maravilla. Aumentó el valor del arrendamiento, instituyó tribunales para perseguir á los prevaricadores, hizo más soportable *la taille* que pesaba sólo sobre los campesinos y disminuyó el número de los exceptuados. Además fomentó las fuentes de la riqueza pública creando grandes industrias protegidas por un sistema prohibitivo que impedía la competencia de las industrias extranjeras y así nacieron entre otras muchas las renombradas fábricas de los Gobelinos (tapices) y de Sévres (porcelanas). Creó una marina magnífica; estableció puertos de primer orden, como Brest; abrió vías de navegación interior que aún hoy son veneros de riqueza, como el canal del Languedoc; protegió la expansión colonial y, para coronar su plan, estableció las academias de ciencias, de inscripciones y de arquitectura y así aseguró á Francia su prosperidad artística y científica.—Tales fueron los trabajos fecundos de la paz; por desgracia todo ello se consideraba como subalternado al fin principal que era la gloria del soberano, y quien decía gloria, decía victorias y conquistas, es decir, guerra. Para prepararla directamente encontró Luis XIV dos hombres admirables; Louvois, que corrigió con férrea mano los abusos de la nobleza, estableció una gerarquía rigurosa, organizó perfectamente la infantería y desarrolló sobre bases científicas, puede decirse, la administración y la contabilidad del ejército. El otro fué Vauban, el más notable tomador de ciudades de su tiempo y el mejor fortificador de plazas que hasta entonces hubo; rodeó á su país, con una actividad maravillosa, de una verdadera cintura de fierro, que dos y tres veces salvó á Francia de la invasión. ¡Y qué diferencia entre Louvois y Vauban! El uno duro, despiadado, profundamente corrompido, empujaba sin cesar á Luis XIV á la guerra; el otro, el ingeniero, humano y patriota como ninguno, no sólo cifró todo su arte en ahorrar la sangre de los combatientes, sino que estudió las miserias del pueblo con indecible amor y propuso el modo de remediarlas en un libro lleno de verdades y profecías, que tituló: *El diezmo regio*, lo que le valió en su vejez el enojo y esta frase de su rey: "Este hombre está loco de amor por el bien público." ¿Hay mejor elogio? (V. sobre Vauban la monografía de Michel. Biblioteca economista).

3. La diplomacia francesa dirigida admirablemente por Hugues de Lionne, también contribuyó á preparar la ruta de los triunfos del joven rey, sosteniendo la ambición del soberano resuelto á hacer en Europa el primer papel, ayudando á los holandeses contra los ingleses, cuyo rey Carlos II aceptó al fin una subvención de Luis XIV, á quien subalternó la política británica; ayudando á los portugueses á emanciparse de los españoles y haciéndose respetar donde quiera. A la muerte de su sue-

gro, el rey Felipe IV de España, Luis XIV pretendió, en compensación de la dote insolenta de su mujer, apoderarse de los Países Bajos y estalló la guerra, en que el rey hizo su aprendizaje, mezclándose á las operaciones que dirigían los primeros capitanes de la época, Turena, Condé y Luxemburgo. El lujo y la ostentación desplegados por la Corte en campaña, ofuscaron á los contemporáneos; del terciopelo y el oro pasaban los nobles al combate y á la victoria. Flandes y el Franco-Condado fueron conquistados; mas Holanda, que quería á los franceses por aliados, no por vecinos, explotó la envidia y el temor de Europa para formar una liga contra Francia, que tuvo que retroceder (Paz de Aquisgram, 1669). Esta retirada era para cobrar aliento y castigar á Holanda, nulificándola como poder marítimo y comercial; la diplomacia expertísima de Francia preparó el golpe adquiriendo la neutralidad de Europa y la alianza de Inglaterra. En Holanda había un partido republicano que quería la paz, dirigido por los hermanos de Witt y otro que deseaba la guerra y entregar el poder á un descendiente del Taciturno, á Guillermo de Orange. La campaña funesta al principio para los holandeses, parecía dar razón al partido de la paz; Holanda la solicitó cediendo á Francia todo el dominio del Escalda; Luis, mal aconsejado por la ambición siniestra de Louvois, rehusó, y una revolución estalló en la amenazada y humillada república; los de Witt fueron asesinados y Guillermo proclamado *stathuder*, con facultades dictatoriales; Guillermo, no era un gran hombre de guerra, era, en cambio, un gran político, cuyo odio supremo de calvinista y de holandés, era abatir el poder de Luis XIV, que ya se daba ínfulas de jefe del catolicismo en Europa, y el poder marítimo de Francia que amenazaba al de Holanda (1672). La guerra tomó luego un carácter terrible; Amsterdam rompió sus diques y el mar la salvó convirtiéndola en isla mientras Guillermo ligaba contra Francia al Imperio, España y Dinamarca. Los franceses, gracias al genio de Turena, arrojaban á los alemanes del territorio invadido y aunque después de su muerte, llorada por la Francia entera, la invasión de Alsacia vuelve á amenazar el corazón de la monarquía, Condé recobra al fin el terreno perdido, mientras Duquesne y su escuadra, baten y destruyen en las costas de Sicilia á las flotas holandesas mandadas por el célebre Ruyter, que muere. Esto obligó á Carlos II á ceder, ante el Parlamento indignado, y á unir á Inglaterra á la liga. Luis, á quien Colbert advertía el agotamiento de los recursos, en 1678 firmó la paz (Nimega) quedando due-



ño del Franco-Condado y muchas plazas de Flandes; el pueblo entusiasmado le llamó *Grande*; algunos magnates le tributaron honores casi divinos y el sol fué su emblema; se dejaba llamar el Rey-Sol. Como todo era lícito para él, en plena paz siguió sus conquistas, concluyó la anexión de Alsacia y se apoderó de Strasburgo y Luxemburgo.

4. En su admirable obra sobre la civilización inglesa, Buckle ha demostrado que las letras y la ciencia deben nada á la protección de Luis XIV y que, al contrario, esta protección bastardeó las unas y detuvo el progreso de la otra. En el fondo esto es cierto; el despotismo sólo busca complacencias y esto sofoca la libertad y sin libertad de ánimo no hay literatura ni arte vivideros; en cambio, esta disminución en la potencia del espíritu, está compensada, en parte, con la protección de un Mecenaz que emancipa al hombre genial de las diarias preocupaciones de la vida en prosa y esta libertad no es despreciable. Respecto de la ciencia, la protección es necesaria, indispensable á veces; un literato lo saca todo de su talento mismo; un sabio necesita instrumentos de trabajo que frecuentemente sólo el Estado quiere ó puede procurar. ¿El reinado de Luis XIV creó la literatura francesa en su gran período clásico? No; antes de Luis, á los comienzos del siglo, produjeron sus obras mejores, Descartes, el más grande de los innovadores del siglo en ciencia y filosofía; Pascal, eminente como matemático y físico, más aún como pensador, el creador verdadero de la prosa clásica francesa; Corneille, hijo de la literatura española, que en sus manos pasó de lo sobrenatural á lo heroico y lo humano, al mismo tiempo, y que puede considerarse como el verdadero fundador del teatro francés, pues del *Cid* data la tragedia clásica, de *Psyquis* la ópera cómica, de *Rodognua* el melodrama, y la comedia, del *Mentiroso*. De estos hombres geniales derivan, Molière que imprimió á la comedia un sello perpetuo de verdad, de naturalidad, lo que ha hecho de él uno de los más admirables pintores de la humanidad que la humanidad haya producido; Racine, el poeta de impecable estilo, de sensibilidad exquisita, que ha sabido como nadie excitar la piedad en un lenguaje musical y puro, y que era tan *noble* en sus concepciones como Corneille era grande; Lafontaine, quizás el más original de todos en sus fábulas, y sin duda el más notable combinador de rimas que hubo entonces; Boileau, que se propuso reobrar contra el mal gusto reinante, aplicando la razón al estudio de la naturaleza, como regla

suprema del arte, concebido de un modo un tanto estrecho; Bossuet, hombre de gobierno, apasionado de la autoridad y de la unidad, verdadero padre de la Iglesia hasta en sus admirables sermones, en cuyos principios reconcentraba los rasgos oratorios, dejando para el fin la fría conclusión teológica y doctoral; Fénelon, carácter enigmático, que á veces aparece bueno y otras no, y escritor distinguidísimo y atrevido en sus ensueños sociales y teológicos; Mme. de Sevigné, que en aquel siglo de prosa solemne y majestuosa, se muestra tan pintoresca, tan graciosa y tan original, y Bourdaloue y La Rochefoucault, etc. Pero si ninguna influencia directa tuvo el rey en la creación de aquella literatura destinada á reinár largo tiempo sobre la Europa entera y á ser la parte luminosa, digámoslo así, de la hegemonía militar y política que Francia ejercía, sí influyó indirectamente en el carácter general de esta literatura. La vida de la corte, la etiqueta, la urbanidad, la galantería, el lujo espléndido y solemne, la conversación espiritual y rebuscada eran en parte obra del rey, que había acabado de transformar á los señores feudales en obsequiosos cortesanos que legislaban en el mundo culto en materia de moda y arte; esta sociedad refluyó é imprimió su carácter en la literatura clásica que resultó amiga de abstracciones, reductora de la lengua á un vocabulario selecto, lo que la volvió propia para expresar ideas y conceptos generales y desdeñosa de lo útil, de lo práctico, del dato concreto y de la observación directa, y además la hizo solemne, refinada y facticia; todo esto es cierto, pero no absolutamente cierto, cuando se piensa en Lafontaine, por ejemplo. Estos males apuntados explican por qué, al fin del reinado, las letras habían caído en el amaneramiento y se eclipsaban; Francia sólo reinó entonces por el buen gusto y la conversación, que toda la sociedad culta de Europa imitaba pálidamente.

5. El absolutismo quedaba definitivamente constituido; parecía á unos el gobierno natural, á otros el gobierno ideal. El rey absorbe en sí todas las funciones que en los tiempos feudales se habían distribuido el clero, la nobleza, los municipios; de él dependen todos, depende todo; la vida y la libertad de sus súbditos es suya, la hacienda de los habitantes suya es, porque Francia es su tierra, su patrimonio, conquistado por sus antepasados palmo á palmo, y el derecho de conquista da derecho sobre todo lo conquistado; así comprende la noción de la soberanía Luis XIV. Queda entonces establecida una enorme máquina de centralismo que trasmite, irregular y torpemente aún, el movimien-

to, á toda la administración que se compone de ministros que son puros dependientes del soberano; en la parte puramente fiscal, de agentes del ministro de hacienda [*controleur général*] que se llaman intendentes, y un grado más abajo subdelegados, que dirigen todos los negocios, fijan, distribuyen, cobran el impuesto y levantan las milicias, hacen los caminos, emplean la policía rural, gobiernan la asistencia pública, reglamentan el cultivo y tutorean despóticamente á los municipios y parroquias. Esta maquinaria del centralismo la heredó la Revolución y la perfeccionó, mas no la inventó; la Convención fué la heredera directa de Luis XIV en cuanto á régimen administrativo.—En el centro de una población de palacios destinados á la alta nobleza y á los príncipes reales, cada uno de los cuales tenía sus oficiales y domésticos por centenares, se levantaba Versalles, el Olimpo de Luis XIV ¡que costó más de 150 millones de pesos! haciendo en la riqueza de Francia una hoquedad que sólo el trabajo de muchas generaciones ha colmado, y todo para dejar una obra de arte colosal y mediana al mismo tiempo. Un abuelo de Luis XIV, había petrificado en el *Escorial* su ideal de despotismo ascético y religioso; el Rey-Sol hizo de Versalles el santuario de sí mismo, y toda la nobleza, el alto clero y los aristócratas de la ciencia y del arte, compusieron el sacerdocio del nuevo dios y asistían, formando verdaderas corrientes de oro y seda y pedrería, á los oficios del culto monárquico; los primeros nombres de la nobleza francesa presentaban al rey la copa ó la camisa, mientras que hidalgos de clase inferior, mas de telón rojo y espada al cinto, traían y llevaban el vaso dorado en que S. M. se dignaba dejar las más prosaicas reliquias de su vida animal (v. Taine, el Antiguo Régimen).

Una fe, una ley, un rey, tal era, en una frase, el programa del absolutismo. Luis XIV, profundamente corrompido, aunque siempre encubriendo su corrupción con mucha elegancia y mucha cortesanía (descubriase la cabeza ante una mujer, aun cuando fuera una sirvienta), era devoto y, desde la muerte de sus diversas favoritas, dió entrada en su intimidad á Mad. de Maintenon, mujer por extremo discreta é inteligente, que supo cautivar al rey hasta obligarlo á un casamiento secreto; esta mujer de intriga, aunque mucho menos de lo que se ha supuesto, procuró y consiguió exaltar los sentimientos católicos del rey. Pero para éste, lo mismo que para todos los monarcas católicos del antiguo régimen, el fervor religioso no excluía el sentimiento de la supremacía sobre el Papa en el orden temporal. Luis, para sostener sus prerrogativas ó regalías, en algunas provincias francesas, en materia de beneficios eclesiásticos, logró poner al clero francés, ya muy distinguido por su ilustración, en contra

de su jerarca supremo y adoptar en una famosa asamblea (1682) ciertas proposiciones que supeditaban la autoridad del pontífice á la del rey en lo temporal y al Concilio en lo espiritual. Estas declaraciones de la Iglesia galicana causaron grave escándalo en la cristiandad católica, á pesar de que las autorizaba el prestigio inmenso de Bossuet. Pero por lo mismo que se había manifestado intransigente con la Iglesia, en cuanto á su regia prerrogativa concernía, Luis quiso probar que era ferviente católico; ya había sentido su mano de fierro un grupo disidente de austera conducta, lo que era una condenación de la del rey, y que, respecto del dogma de la gracia y de la justificación por las obras, se inclinaba á una interpretación análoga á la de los luteranos. Este grupo, que contaba á lo más selecto de la sociedad ilustrada en sus filas y cuyo cuartel general fué el convento de monjas de Port-Royal, era el de los *jansenistas* (del nombre del fundador obispo de Ipern). Los jesuitas lo habían combatido ardentemente y uno de los primeros jansenistas, Pascal, publicó contra ellos el admirable libelo que llamó: *las Provinciales* y en que desenmascarando la moral llena de laxitud y complacencia de los jesuitas, revela en realidad el secreto de su influencia: eran condescendientes porque conocían mejor el corazón humano. Pero la obra magna del catolicismo borbónico fué la revocación del Edicto de Nantes, que ya modificado por Richelieu, garantizaba á los protestantes la igualdad civil y el libre ejercicio del culto en ciertas regiones de Francia. Bajo el nombre de *revocación* se comprenden una serie de medidas de vejación primero (privar de ciertas funciones públicas), de persecución luego (expulsar á los sacerdotes y obligar á los fieles á permanecer en Francia, bajo pena de muerte ó galeras) y por último de iniquidad espantosa (arrebatar en masa los niños á sus padres protestantes, medida calurosamente recomendada por Bossuet). El infernal Louvois inventó para convertir á los protestantes en el Languedoc, en los Cevennes, en el Oeste, obligarlos á alojar soldados, sobre todo dragones (por eso esta serie de iniquidades se llamaron *dragonadas*) que cometían inauditos atropellos. Dos grandes resultados se consiguieron con aquella persecución: extinguir casi el protestantismo en Francia; ciudades enteras fueron convertidas por el terror, pero los hijos de los convertidos ya fueron católicos; y en segundo lugar, dejar á Francia privada de la parte más sana, más sumisa á la ley, más trabajadora y más ilustrada de su población. De los doscientos mil hugonotes que lograron expatriarse ha nacido, en gran parte, la industria alemana, sobre todo la de Berlin, y la holandesa y aun la inglesa y la suiza. Los descendientes de los hugonotes, todos útiles, cuando no sabios ó industriales eminentes, han guardado un despego profundo por la patria que les negó un día lo que es la patria en substancia: el altar y el hogar.

## INGLATERRA Y FRANCIA.

(Siglos XVII y XVIII.)

1. Fin de la lucha entre el absolutismo católico y el parlamentarismo protestante en Inglaterra.—2. Guillermo de Orange.—3. Europa al finar el siglo XVII.—4. La guerra de sucesión de España; la paz de Utrechet.—5. Bancarrota del absolutismo.

1. Los Stuarts de la Restauración habían sacado poco provecho de la terrible lección que el pueblo inglés diera á su padre y trataron de restablecer el absolutismo, convirtiendo en una simple fórmula al Parlamento y de volver á la tolerancia primero y al predominio del catolicismo luego; ambas cosas herían en el corazón á la mayoría de las clases directoras del pueblo inglés. El reino de Carlos II, subvencionado por Luis XIV y gobernado por sus vicios, es una lucha entre las inclinaciones del rey y las aspiraciones de la nación; pero la lucha no llega á la revolución, porque el rey que no carecía de inteligencia política cede al Parlamento; por eso se presta á las persecuciones contra los católicos, por eso hace la guerra á su acreedor Luis XIV, por católico y porque amenazaba disputar á los ingleses el imperio del mar al que aspiraban ya; por eso, después de mucho resistir, confirmó en 1679 la garantía tradicional del *habeas corpus*, que daba derecho á todo inglés á ser puesto en cortísimo plazo á disposición del juez competente y á obtener la libertad mediante una caución proporcionada á la importancia del delito. Los últimos años del reinado de Carlos II fueron empleados en combatir contra el partido protestante exaltado que se empezó á llamar *whig*, mientras la facción monárquica se llamaba *tory*. Los whigs querían impedir que el heredero de la corona, hermano del rey, que era católico, subiese al trono; Carlos apeló á todos los medios para defender el derecho de su hermano el duque de York y venció en el terreno legal é ilegal á sus enemigos, que apelaron á conspiraciones y revueltas sofocadas en sangre. En 1685 el duque de York subió al trono con el nombre de James ó Jacobo II; imponer á los ingleses un gobierno absoluto aboliendo la ley contra los católicos [*tért-act*] y el *habeas corpus* y declarar al catolicismo religión oficial, tal era el programa del nuevo rey, que como carácter valía más que su hermano, pero que por su intransigencia, duramente criticada hasta por la Curia romana, debía precipitar la ruina de su dinastía. Para

lograr sus planes tenía que contar con Luis XIV y con los torys, y para halagar á éstos persiguió á los disidentes enemigos de la iglesia anglicana; este fué el mismo error de su infortunado padre. La represión sangrienta de una revuelta acaudillada por un hijo natural de Carlos II, el duque de Monmouth, que fué ejecutado sin piedad y una serie de medidas favorables á los católicos, que pronto, á pesar de contar apenas con una mínima parte de la población del reino (100,000 en 5,000,000 próximamente), ocuparon casi todos los empleos en el ejército y la administración, indicaron claramente el objeto á que se encaminaba Jacobo y determinaron la formación de una conjura formidable en que tomaron parte whigs y torys. Jacobo tenía de su primer matrimonio dos hijas, María casada con su primo hermano Guillermo de Orange y Ana casada con un príncipe danés. María era la heredera y la esperanza de los protestantes; mas tuvo Jacobo, de su segundo matrimonio, un hijo varón y católico y esto precipitó las cosas. Guillermo aspiraba á la corona de Inglaterra, no sólo por ambición, sino por deseo de hacer de la gran isla el centro de una liga perpetua que acabase con la preponderancia francesa; ayudado por los refugiados ingleses y franceses en Holanda y llamado por los jefes de la oposición, se presentó en Inglaterra y su suegro tuvo que huir á Francia en donde fué acogido por Luis XIV (1689). El parlamentarismo protestante triunfaba definitivamente; es verdad que el mecanismo de las instituciones libres deberá perfeccionarse en el siguiente siglo; es cierto que en tiempo de Guillermo III habrá censura para la prensa, prohibición de asociarse para los católicos (*los meetings* políticos fueron desconocidos para los ingleses hasta mediados del siglo XVIII), secreto riguroso para los debates del Parlamento, intervención directa del rey en los negocios de gobierno, uso constante del *veto regio*, etc.; mas la constitución política ha ganado sus dos capítulos supremos: la conclusión de la monarquía de derecho divino, reemplazada por otra nacida de un contrato con la nación, y la inspección (*control*) efectiva del Parlamento sobre los actos del gobierno; de aquí ha venido todo el derecho político.

2. La revolución tomó un carácter legal por la acción del Parlamento, que, en ausencia del rey, confió interinamente el gobierno á Guillermo, el que á su vez convocó una *Convención*; reunida ésta declaró el trono vacante, promulgó la célebre *declaración de los derechos*, no del hombre, sino del ciudadano inglés, y con la condición de que

los respetaran y cumplieran, aceptó por reyes á Guillermo y María; como hemos dicho, este acto hizo del Parlamento, de un modo normal y definitivo, la autoridad suprema del reino británico. Guillermo logró someter á los clanes de las altas tierras escocesas [*highlanders*] que se habían sublevado y aun cuando devolvió la plenitud del poder á los presbiterianos, se opuso á las medidas de estos sectarios fanáticos contra la libertad de conciencia.—En Irlanda la represión fué mucho más difícil; Jacobo II la había preparado para la autonomía y para la lucha; auxiliado por los franceses, el rey destronado desembarcó en la isla en que la sublevación católica había causado una espantosa anarquía; los protestantes se defendieron desesperadamente, hasta que recibieron refuerzos de Inglaterra; Guillermo en persona marchó á Irlanda y en la batalla de Boyne (1690) venció á Jacobo que huyó á Francia; algún tiempo después un antiguo jacobita que se había pasado al de Orange, el conde Churchill, tan famoso después bajo el nombre de Marlborough, acabó de someter la isla, y la sumisión fué seguida de opresión tan espantosa, que por un siglo casi Irlanda parece no respirar en la historia.—Durante el reinado de Guillermo, se acentuó, en el régimen parlamentario, la preponderancia de la Cámara de los Comunes, que estorbó sin cesar los planes continentales ideados por el rey contra Luis XIV; hasta que se imaginó encargar del gobierno al partido dominante en la Cámara popular, formando de su seno el ministerio; así ha continuado hasta nuestros días. Otra gran institución de aquel tiempo fué el *Banco de Inglaterra*, en relaciones directas con el Estado, que se valió de él para colocar sus empréstitos, quedando así constituida la deuda nacional, que interesó á la fortuna del país en el sostenimiento del gobierno de Guillermo contra los Stuarts.

En la liga de Augsburgo, formada por el rey de Inglaterra antes de destronar á su padre político, habían entrado el Imperio, la casa de Austria alemana y española y Holanda; después Inglaterra, y hasta el Papa no tuvo inconveniente en aliarse con naciones protestantes, tanta así era la aversión que inspiraba Luis XIV con sus designios de dominación europea. La guerra duró ocho años; los generales franceses, Luxemburgo y Catinat, obtuvieron espléndidos triunfos en Alemania, en Flandes, donde Guillermo III sufrió la gran derrota de Nerwinde (1693); en Italia, teatro de las hazañas del frío y austero Catinat, que se midió con el príncipe Eugenio, el mejor de los generales imperiales y en España. Un gran crimen, inspirado por Louvois, cometieron

los franceses en esta guerra; el Palatinado (región cortada por el Rhin y cerrada por los valles del Mosela y los del Main y del Neckar) fué sistemáticamente saqueado y destruido, sin respetar ni la casa del labrador ni el alcázar histórico y artístico, como el de Heidelberg; ciudad hubo en que no quedaron seis casas en pie (Worms). Este crimen espantoso é inútil causó inmensa indignación y los esfuerzos de los coaligados esterilizaron todos los triunfos de Luis XIV. Por mar los franceses sufrieron un descalabro en el canal de la Mancha, que dejó muy quebrantado su poder marítimo, y los corsarios como Juan Bart, hacían mucho daño al comercio inglés, pero no restablecían el francés. Luis solicitó la paz; el reino estaba completamente agotado; los directores de la hacienda pública no tenían otra misión que la de inventar medios de exprimir el jugo del pueblo contribuyente hasta la última gota; la *talla* fué aumentada, la contribución por individuos ó cabezas, *capitación*, fué creada, multitud de empleos innecesarios fueron inventados y vendidos en propiedad y la fortuna pública cegada en sus fuentes, puesto que no tenía cuenta ni trabajar ni producir exclusivamente para el fisco. El testimonio del gran patriota Vauban es tremendo: sólo habrá en Francia, decía, diez mil familias que vivan con desahogo, la masa está en la pobreza, la décima parte de la población total en la indigencia y vive de la mendicidad. La paz (Ryswick, 1697) obligó á Luis á devolver todas sus conquistas y á reconocer la legitimidad de Guillermo III; la guerra no había tenido objeto.

3. Los grandes cambios en la carta del mundo civilizado se verifican antes y después de la Revolución francesa; mas quedan iniciados en el siglo XVII; debemos pues trazar un cuadro á grandes rasgos de la Carta política de Europa antes de entrar en el siglo XVIII.

*Germanos.*—Dejaremos á un lado á los germanos insulares ó anglo-sajones, porque conocemos bien su situación; lo mismo haremos con los holandeses, que aunque obligados por la política francesa á reforzar el elemento centralista en el interior y á entrar en las coaliciones europeas, es en las regiones coloniales en donde muestran toda su fuerza de expansión. El santo imperio romano-alemán, vivía aún; sus contingentes formaban parte de las coaliciones contra Francia y generalmente eran vencidos; pero la historia alemana no es colectiva y, con pocas excepciones, la historia particular de los centenares de Estados que la forman no tiene interés general; la Dieta ó Asamblea perpetua del imperio obedece lentamente á la voluntad del emperador, que es el jefe de la casa de Habsburgo, por inveterada costumbre, y cada principúculo extorsiona á su pueblo para proporcionarse recursos, con el objeto de imitar ó